

Seguridad Marítima y Geopolítica: La Operación Earnest Will y la Proyección de Poder de los Estados Unidos en el Golfo Pérsico

Amanda Neves Leal Marini¹

RESUMEN

Este estudio analiza la dimensión naval de la Guerra Irán-Irak (1980–1988) en el contexto geopolítico, explorando las intersecciones entre seguridad marítima y energética. La hipótesis central propone que la Operación Earnest Will (1987–1988) representó un paso decisivo en la consolidación de la hegemonía estadounidense en el Golfo Pérsico, anticipando las estrategias que se aplicarían en la Guerra del Golfo (1990). A través de un enfoque cualitativo, basado en revisión bibliográfica y análisis documental, se concluye que la operación no solo garantizó la continuidad del flujo de petróleo, sino que también fortaleció la proyección de poder de Estados Unidos en la región. El estudio evidencia cómo las rivalidades históricas, religiosas y geopolíticas en el Medio Oriente fueron instrumentalizadas por intereses globales, reafirmando el papel estratégico del Golfo Pérsico en la estabilidad energética y en la dinámica del poder internacional.

Palabras clave: Estados Unidos; Guerra Irán-Irak; Golfo Pérsico; Operación Earnest Will.

1 Doctoranda y magíster en Ciencias Militares por el Programa de Posgrado en Ciencias Militares (PPGCM) del Instituto Meira Mattos, vinculado a la Escuela de Comando y Estado Mayor del Ejército (ECEME).

INTRODUCCIÓN

Estados Unidos emergieron de la Segunda Guerra Mundial, en 1945, con un estatus significativamente alterado. El país se consolidó como una potencia no solo política, sino también económica y militar, reflejando una trayectoria iniciada al final de la Primera Guerra Mundial. En este nuevo contexto, impulsados por el deseo de asegurar nuevas fuentes energéticas, estrechamente ligadas al desarrollo, Estados Unidos implementaron sucesivas doctrinas de política exterior, con un enfoque especial en la región del Medio Oriente, rica en hidrocarburos, con el fin de lograr sus objetivos. El término “doctrina” se refiere a un discurso amplio y estructurado, como el Discurso del Estado de la Unión (SOTU), pronunciado anualmente por el presidente estadounidense. Estos discursos delimitan la visión estratégica para la seguridad nacional, estableciendo continuidades o alteraciones en la política exterior del país (MICHAELS, 2011, p. 470).

Halliday (2005, p. 124-125) destaca que estas doctrinas presidenciales buscaron, en diferentes momentos, proteger los intereses específicos de Washington en el Medio Oriente, traducidos, a grandes rasgos, como el control de yacimientos y reservas petrolíferas y de gas natural. Sin embargo, estos recursos no están abundantemente distribuidos de manera homogénea en la región, siendo mayoritarios en la zona bañada por las aguas del Golfo Pérsico. Entre las doctrinas mencionadas, destacan la Doctrina Truman (1947), aplicada también en la defensa de los intereses occidentales en Turquía e Irán; la Doctrina Eisenhower (1957), que buscó tranquilizar a los aliados árabes después de la Crisis de Suez; la Doctrina Kennedy (1961), que promovió reformas sociales en Irán y Egipto con el objetivo de prevenir revoluciones. Además, destaca la Doctrina Nixon (1969), que introdujo la Estrategia de los Dos Pilares², delegando la responsabilidad de mantener la seguridad en el Golfo Pérsico a Irán y Arabia Saudita, asegurando el acceso occidental al petróleo. Finalmente, la Doctrina Carter (1980) fue formulada para proteger los intereses

2 La Doctrina de los Dos Pilares constituyó una de las principales estrategias de política exterior de EE. UU. en el Medio Oriente durante la Guerra Fría, con el objetivo de estabilizar la región mediante el apoyo a dos aliados principales: Irán y Arabia Saudita. Este enfoque tenía como fin contener la expansión de la influencia soviética, asegurando que ambos países actuaran como contrapesos frente a movimientos con orientaciones socialistas o comunistas. El apoyo militar de EE. UU. a Irán, que perduró hasta 1979, con la venta de armamentos avanzados, fue una parte crucial de esta doctrina, reflejando la importancia estratégica del país para los intereses estadounidenses en el Medio Oriente (ALVANDI, 2012).

estadounidenses en el Golfo Pérsico en respuesta a las crecientes amenazas en la región y la inestabilidad respecto al acceso a los recursos energéticos. Dicho esto, las doctrinas presidenciales articulan principios amplios de seguridad nacional, identificando amenazas percibidas y estrategias para enfrentarlas. Sin embargo, estas directrices a menudo reflejan concepciones limitadas de seguridad, creando condiciones que pueden generar crisis al ignorar eventualidades fuera de sus intereses inmediatos (BADIE, 2011, p. 213).

La relevancia del Golfo Pérsico estaba intrínsecamente vinculada al papel central de la región en el mercado mundial de petróleo. Desde la Doctrina Truman, Estados Unidos había determinado que el Golfo no debía caer bajo la influencia de potencias hostiles. En este escenario, la Revolución Iraní de 1979 alteró drásticamente todo este modelo y escenario (YERGIN, 2011, p.168). Como señala Coggiola (2008, p.143), la Revolución Islámica en Irán alteró decisivamente el equilibrio político del Medio Oriente y se proyectó como un factor poderoso de crisis política mundial. Además, es la única revolución islámica del siglo XX que derribó un régimen secular y estableció un régimen teocrático, perdurando hasta los días actuales, más de 45 años. También es considerada una de las mayores revoluciones de la Historia, comparable con la Revolución Francesa, Rusa y China (DEMANT, 2022, p.231). Este evento constituyó uno de los desafíos más severos a la preponderancia de Estados Unidos en la región. El ascenso de un régimen teocrático chiíta que se oponía abiertamente a las influencias occidentales no solo reconfiguró el equilibrio de poder en la región, con la ruptura de la Estrategia de los Dos Pilares, sino que también generó un ambiente de incertidumbre que reverberó en las políticas de seguridad y defensa de Estados Unidos. Así, con el carácter antiimperialista y antiestadounidense de las manifestaciones provenientes de Teherán, Washington se vio obligado a lidiar con la pérdida de uno de sus principales aliados geoestratégicos. La situación requirió una reevaluación de su postura regional, evidenciando la fragilidad de sus alianzas (COGGIOLA, 2008; POLLACK, 2004; PADOVAN, 2010).

Desde el punto de vista de las relaciones internacionales y la política mundial de Estados Unidos, Occidente había perdido uno de sus peones más importantes en el Medio Oriente. Con sus 2.600 kilómetros de frontera con la URSS, Irán

era una base ideal para los sofisticados equipos estadounidenses de monitoreo electrónico de las actividades militares y espaciales soviéticas. Más que eso, Irán era una fuente vital de petróleo para Europa, Japón y Estados Unidos. Y, para completar, se dedicaba con gusto a la misión de vigilar el estratégico Golfo Pérsico (COGGIOLA, 2008, p.80-81).

Con una extensa frontera con la Unión Soviética, Irán era una base estratégica tanto para el monitoreo militar y espacial soviético como para el suministro de petróleo a las economías occidentales. La situación se agravó con el aumento de la tensión regional tras la invasión soviética de Afganistán, llevando a Estados Unidos a intensificar sus preocupaciones sobre la seguridad de los yacimientos petrolíferos de la región. En resumen, desde el Primer Choque Petrolero (1973/74) hasta la Revolución Iraní y la invasión soviética de Afganistán en 1979, Estados Unidos comenzó a priorizar aún más el acceso al petróleo regional. La invasión soviética fue interpretada por el Pentágono como una grave amenaza a la libre circulación del petróleo en la región, especialmente por el hecho de que la Unión Soviética se encontraba a solo 300 millas del estratégico Estrecho de Ormuz, por donde pasaba cerca de dos tercios del petróleo mundial (SKIDMORE, 1994, p.723).

En este escenario, las incertidumbres e inestabilidades locales prevalecieron hasta que entre 1987 y 1988, el conflicto entre Irán e Irak se expandió hacia las aguas del Golfo Pérsico cuando Teherán comenzó a atacar los petroleros, principalmente de Kuwait, para bloquear las exportaciones iraquíes. En respuesta, Estados Unidos intervino escoltando buques mercantes, neutralizando minas marítimas, recopilando inteligencia y realizando acciones ofensivas contra objetivos iraníes, lo que se conoció como la Operación Earnest Will. Esta actuación se basó en la Doctrina Carter, resultado de las preocupaciones sobre los recursos energéticos locales, que defendía la protección de las rutas de petróleo del Golfo, vitales para la economía de Estados Unidos. La operación reafirmó la presencia militar estadounidense en la región tras la pérdida de Irán como aliado, destacándose por el refuerzo de la 5ª Flota y la ampliación de la infraestructura militar.

Dicho esto, en este artículo se investiga de qué manera la

Operación Earnest Will puede interpretarse como una preparación para el estallido de la Guerra del Golfo de 1990, en cuanto a la consolidación de la preponderancia de Estados Unidos en el Golfo Pérsico. El objeto de estudio se centra en los aspectos de la política exterior estadounidense hacia la región, con especial atención en las decisiones y acciones estratégicas adoptadas durante los años 1980, que pavimentaron el camino para una intervención militar más contundente a principios de la década siguiente.

El objetivo central de la investigación es analizar el carácter histórico y político de la Operación Earnest Will, destacando sus implicaciones para el equilibrio regional y su papel en la articulación y consolidación de la influencia estadounidense en el Medio Oriente. Se parte de la hipótesis de que, al proteger las rutas de petróleo y garantizar la libre navegación ante las amenazas impuestas por la guerra entre Irán e Irak, Estados Unidos fortalecieron su presencia estratégica en la región, y esta operación se consolidó como una variable decisiva en los desarrollos militares y geopolíticos que culminaron en la Guerra del Golfo, evidenciando la interconexión entre ambos conflictos armados.

Metodológicamente, este estudio adopta un enfoque cualitativo, combinando el estudio de caso con el método histórico. Se analizaron fuentes primarias —como los discursos del Estado de la Unión (1980), las National Security Directives 26 y 45, y las Resoluciones 540 (1983), 582 (1986) y 598 (1987) del Consejo de Seguridad de la ONU— y secundarias, obtenidas mediante el método del Estado del Arte. El estudio de caso, según lo define Gerring (2007), permite un análisis profundo de un fenómeno históricamente y geográficamente delimitado, mientras que George y Bennett (2005) destacan su valor en la comprensión de aspectos específicos de episodios históricos complejos.

De este modo, esta investigación se justifica no solo por su carácter interdisciplinario, articulando saberes de las Relaciones Internacionales, la Historia Militar y la Geopolítica, sino también por ofrecer un análisis profundo y original de un episodio a menudo marginalizado en los estudios sobre los conflictos del Golfo. Al enfatizar la dimensión naval y los mecanismos de proyección de poder estadounidense en la década anterior a la Guerra del Golfo, el artículo contribuye a la comprensión de las estrategias a largo plazo adoptadas por Washington en la consolidación de su hegemonía regional.

II DESARROLLO

Antecedentes históricos

La Revolución Iraní también se configuró como un dilema para el régimen iraquí de Saddam Hussein, que veía a Irán como una amenaza a ser contenida. A lo largo de los siglos, tanto la cultura árabe como la persa establecieron contactos, intercambios, enfrentamientos y divergencias. De este modo, las disputas territoriales han sido una constante en la Historia de esta región milenaria, especialmente entre estos pueblos (CATHERWOOD, 2006, p.30). Sin embargo, la tensión religiosa y étnica emergió como un elemento significativo para comprender los conflictos contemporáneos, especialmente durante el período republicano en Irak, y por la intensificación de la cuestión de la demarcación del Shatt al-Arab. En 1969, el Sha Reza Pahlavi intentó imponer una modificación en la frontera, proponiendo que esta se definiera por el lecho del río³, en lugar de seguir la orilla izquierda del cuerpo de agua. Así, las divergencias sobre la demarcación de este canal se convirtieron en un factor persistente de inestabilidad en las relaciones diplomáticas entre los dos países (BRITO, 2014, p.81).

En este contexto, en 1975, se firmaron los Acuerdos de Argel, un tratado entre Irán e Irak destinado a resolver las disputas territoriales entre los dos países. El acuerdo buscaba poner fin a los conflictos relacionados con las fronteras en la vía navegable del Shatt al-Arab, la localidad donde los ríos Tigris y Éufrates convergen, y uno de los canales más importantes de Oriente Medio, y en las regiones limítrofes, especialmente en la región de Basora, al sur de Irak (GALBRAITH, 2007). Sin embargo, el 17 de septiembre de 1980, Saddam Hussein revocó y anuló, unilateralmente, este tratado, alegando cuestiones relacionadas con la Soberanía y la Defensa, y la necesidad de luchar por las reivindicaciones territoriales. La cuestión del acceso a canales navegables y al mar, facilitada por el Shatt al-Arab, es de suma importancia para Irak, que ha tenido su acceso al litoral prácticamente restringido debido al diseño artificial de sus fronteras por parte de Inglaterra y también con la independencia artificial de Kuwait en 1961. Además, la región es rica en recursos naturales, albergando importantes campos de petróleo, especialmente en las cercanías de

3 El talweg del río es la línea que conecta los puntos más bajos del lecho de un río, es decir, es la parte más profunda del canal fluvial. Esta línea es importante para determinar el curso del agua y la dinámica de los ríos, además de influir en la erosión y deposición de sedimentos.

Basora, que se destaca como uno de los principales centros de producción de petróleo del país. Así, la vía navegable del Shatt al-Arab es crucial no solo para el transporte de petróleo y productos petroquímicos, conectando Irak con el Golfo Pérsico, sino también para la pesca, que desempeña un papel vital en la economía local (TARIQ, 2003). De este modo, la cuestión territorial, fronteriza y energética emerge como una de las variables más significativas para el estallido de la Guerra Irán-Irak (1980-1988). La disputa por áreas estratégicas y recursos naturales intensificó las tensiones entre los dos países, contribuyendo decisivamente al conflicto.

Otro aspecto relevante de este conflicto es la cuestión religiosa e ideológica, destacando la animosidad de Saddam Hussein hacia el Ayatolá Khomeini⁴. Khomeini vivió durante 14 años exiliado en Najaf⁵, Irak, y fue expulsado en 1978 por Saddam, que en ese entonces ocupaba el cargo de vicepresidente, a petición del Sha Reza Pahlavi. Así, se observa que, además de las disputas sobre las vías de navegación y las cuestiones territoriales, los antecedentes del estallido de la guerra estaban sembrados incluso en el plano personal, con la animosidad que los gobernantes de los dos países albergaban (BRITO, 2014, p.84). Además, en abril de 1980, el gobierno de Saddam Hussein ejecutó brutalmente al ayatolá iraquí chiita Muhammad Baqir al-Sadr, líder del movimiento al-Da'wa (Partido del Llamado Islámico), que atraía a muchos exmiembros del Partido Comunista Iraquí y simpatizantes del movimiento comunista en general, además de su hermana, Amina al-Sadr. Ambos fueron acusados de ser los responsables de un supuesto atentado contra el político y ministro cristiano Tariq Aziz⁶. Esta acción generó una profunda indignación y conmoción entre la oprimida población chiita iraquí, resultando en una fuerte reacción del clero chiita (GALBRAITH, 2007, p.84; DEMANT, 2022, p.244; FERRO, 2008, p.134).

Por otro lado, el Ayatolá Khomeini reconocía en la Guerra una oportunidad no solo para defender la recién establecida República Islámica de Irán, cuya ideología incluía la exportación del movimiento,

4 El Ayatolá Jomeini (1902-1989) fue un clérigo chiita y político iraní. Según Demant (2022, p.229), fue el principal ideólogo y teórico de la Revolución Iraní, así como su principal estratega y líder revolucionario.

5 A pesar de estar ubicada en territorio iraquí, Najaf es una de las ciudades sagradas del chiismo y su surgimiento como centro teológico data solo de los últimos siglos (DEMANT, 2022, p.243).

6 En árabe, تاريق عزيز, al traducir y transliterar al portugués, puede escribirse tanto como Tarek Aziz como Tariq Aziz.

sino también para expandir y promover una Revolución Islámica entre los chiitas de Irak. Khomeini deseaba derrocar a Saddam y al régimen del Partido Baath, que había cometido actos de violencia contra la población chiita, como lo demostraba la masacre de enero de 1970, que configuró una verdadera limpieza étnica en el sur de Irak, con la deportación de sobrevivientes iraquíes chiitas de origen persa y la muerte del clérigo al-Sadr (FERRO, 2008; DEMANT, 2022; WOODS et al., 2009).

Ambos buscaban desestabilizarse mutuamente a través de campañas de subversión e intentos de desestabilización recíproca. Irak, por ejemplo, apoyaba las aspiraciones separatistas de los árabes iraníes en la vecina provincia de Juzistán. Por otro lado, Irán fomentaba los movimientos rebeldes kurdos en el norte de Irak, a pesar de enfrentar desafíos similares con la comunidad kurda en su propio territorio. Además, Saddam Hussein priorizaba el mantenimiento de su poder y la seguridad de su régimen, es decir, se preocupaba por la autopreservación del régimen y la protección de su mandato a costa de las demandas populares. Aunque, en términos cuantitativos, la mayoría de la población iraquí era chiita, el gobierno estaba compuesto predominantemente por personas de orientación sunita, a pesar de que el Partido Baaz, en sus orígenes, se fundamentaba en el secularismo⁷. A esto se sumaba que, con la instalación de una teocracia chiita en Irán y la posibilidad de expansión del movimiento, Saddam reconoció la urgencia de contener su expansión, ya que su propia administración se veía amenazada (FERRO, 2008; DEMANT, 2022).

En otras palabras, según las variables presentadas, existía un temor significativo de que la Revolución Islámica se extendiera a Irak y desestabilizara al mundo árabe. Este temor llevó a Saddam, convencido de ser “un nuevo Nasser”, a iniciar una guerra contra Irán, reavivando la antigua antipatía con los persas. Dentro de esta dinámica, otro elemento utilizado en este cálculo político se debe al hecho de que Saddam Hussein aspiraba a una victoria árabe sobre los persas, impulsado no solo por las hostilidades históricas, sino también por la búsqueda de legitimidad y la consolidación de su posición como líder del panarabismo, del cual se consideraba defensor. Creía ser el “salvador del mundo árabe” contra

7 Según Tarek Aziz, al referirse a Irak y al Partido Baaz, es mejor utilizar la palabra secular en lugar de laico, ya que esta contiene una idea militante, antirreligiosa, que no describe de ninguna manera el caso de Irak, donde cada persona es libre de elegir su religión (DENAUD, 2003, p.32-33).

el expansionismo revolucionario chiita y con este conflicto exacerbaba, en términos de narrativa y retórica, las rivalidades sectarias existentes (FERRO, 2008; WOODS et al, 2009). Así, el gobierno iraquí, que tanto temía que la propagación de la Revolución Islámica en Irán pudiera resultar en su destitución, trayendo al país de vuelta a una espiral de cambios constantes de poder, declaró la guerra al vecino (WOODS et al, 2009; GALBRAITH, 2007; FERRO, 2008).

En medio de este contexto complejo, como se señaló anteriormente, desde el punto de vista de los EE. UU., se formalizó la Doctrina Carter, presentada por el presidente Jimmy Carter en su discurso anual “El Estado de la Unión” el 23 de enero de 1980, con significativa contribución de su Consejero de Seguridad Nacional, Zbigniew Brzezinski. En este pronunciamiento, Carter expresó preocupaciones sobre la Revolución Iraní, mencionó el secuestro de diplomáticos estadounidenses en Irán y destacó la agresión soviética en Afganistán..

Los años 1980 comenzaron en medio de turbulencias, conflictos y cambios. Este es un momento de desafío a nuestros intereses y valores y es un momento que prueba nuestra sabiduría y habilidades. En este momento, en Irán, 50 estadounidenses aún son mantenidos en cautiverio, víctimas inocentes del terrorismo y la anarquía. También en este momento, tropas soviéticas masivas están intentando someter al pueblo ferozmente independiente y profundamente religioso de Afganistán. Estos dos actos, uno de terrorismo internacional y otro de agresión militar, representan un serio desafío para los Estados Unidos de América y, de hecho, para todas las naciones del mundo. Juntos, enfrentaremos estas amenazas a la paz. [...] La región que ahora está amenazada por las tropas soviéticas en Afganistán es de gran importancia estratégica: contiene más de dos tercios del petróleo exportable del mundo. El esfuerzo soviético por dominar Afganistán ha llevado a las fuerzas militares soviéticas a estar a unas 300

millas del Océano Índico y cerca del Estrecho de Ormuz, una vía navegable por la que debe fluir la mayor parte del petróleo mundial. La Unión Soviética está intentando ahora consolidar una posición estratégica, lo que representa una grave amenaza para la libre circulación del petróleo del Medio Oriente. [...] Cualquier intento de una fuerza externa de obtener el control de la región del Golfo Pérsico será considerado un ataque a los intereses vitales de los Estados Unidos de América, y ese ataque será repelido por todos los medios necesarios, incluida la fuerza militar. (STATE OF UNION, 1980, p.1).

En un contexto crítico marcado por la Revolución Iraní, el aumento de inestabilidades y volatilidades locales y la pérdida de uno de sus principales aliados, la Doctrina Carter—frecuentemente llamada la ‘Doctrina Monroe del Golfo Pérsico’—fue formulada como respuesta a estos desafíos dobles, al mismo tiempo que hacía más explícita la presencia de los EE. UU. en la región (BADIE, 2011, p. 211). El temor predominante era que, con la Revolución Iraní, su expansión y consolidación, el acceso al petróleo y a las reservas estratégicas de la región se viera comprometido, lo que dificultaría los intereses de los Estados Unidos. Adicionalmente, cabe resaltar que, hasta ese momento, las relaciones diplomáticas entre los EE. UU. e Irak estaban rotas, siendo restablecidas solo en 1984 (TARIQ, 2003). En un contexto aún marcado por la Guerra Fría, los Estados Unidos habían perdido a Irán, su antiguo aliado, y enfrentaban la creciente proximidad de la Unión Soviética, que acababa de invadir Afganistán, con implicaciones directas para la estabilidad del Golfo Pérsico (AHARI, 1989).

Así, la Doctrina Carter legitimó la posibilidad de intervención militar directa de los EE. UU. frente a amenazas soviéticas o de otros países que pudieran comprometer el control del petróleo en la región, destacando la importancia vital de este recurso para sus intereses, alineados al escenario de tensiones regionales. Además, expuso pública y claramente los intereses estratégicos, económicos y militares de los EE. UU. en el Golfo Pérsico, enfatizando su dependencia del petróleo local. En este contexto, la eclosión de la guerra Irán-Irak, en septiembre de 1980, trajo un nuevo dilema para los Estados Unidos. Esta situación requirió

una reevaluación de las estrategias de seguridad y defensa de los EE. UU. en la región, evidenciando la complejidad del escenario geopolítico en evolución (FUSER, 2006, 2013)..

Guerra Irán-Irak

En medio de estas crecientes tensiones y variables mencionadas anteriormente, el 22 de septiembre de 1980, Irak lanzó un ataque sorpresa al territorio iraní en ocho puntos de la frontera, incluyendo instalaciones militares y bases aéreas en el interior del país. El enfrentamiento, inicialmente percibido por ambos lados como una guerra rápida, se prolongó durante ocho años, impactando significativamente la producción de petróleo en una época en la que el mundo acababa de salir de una década marcada por dificultades, debido al Choque del Petróleo y la elevación de esta mercancía como arma política (POLLACK, 2004).

Esta guerra también se caracterizó como una “guerra fría” en la región: Irán, hasta entonces un bastión de los Estados Unidos, poseía armamentos y Fuerzas Armadas equipadas con base en la asociación con Washington, la cual fue rota en la Revolución. En contrapartida, Irak contaba con sus Fuerzas Armadas equipadas por la Unión Soviética, pero, en el contexto del nuevo reequilibrio regional, también recibió apoyo y una mayor presencia de los Estados Unidos, con los cuales restablecieron relaciones diplomáticas en 1984⁸ (TARIQ, 2003; PADOVAN, 2010).

Sin embargo, a pesar de toda esta coyuntura, lo que destacó fue el apoyo occidental a Irak de Saddam Hussein, quien supo aprovechar y comprender la coyuntura reinante. Según un informe del Instituto de Estudios Estratégicos del US War College, el movimiento revolucionario de Jomeini representaba un anatema tanto para Bagdad como para Washington, ya que ambos deseaban deshacerse del ayatolá. En este sentido, los EE. UU. comenzaron a apoyar a Irak, que se establecía como un bastión en la lucha contra la Revolución Iraní en la región, colaborando activamente para alcanzar este objetivo común (PADOVAN, 2010, p.48). Aunque Washington consideraba a Saddam Hussein un líder radical, entendía que él podría ayudar a establecer el equilibrio en la región y frenar el avance de la Revolución Iraní, a pesar de cierta proximidad y simpatía con Moscú (BANDEIRA, 2015, p.220).

8 Las relaciones diplomáticas entre Irak y Estados Unidos habían sido suspendidas en 1967 como consecuencia de los resultados de la guerra árabe-israelí de ese mismo año.

A lo largo de la década de 1980, Irak se consolidó como un importante socio comercial de los Estados Unidos, siendo esencial destacar que el comercio de armas jugó un papel central en esta relación. Durante este período, el gasto militar de Irak totalizó 180 mil millones de dólares, de los cuales 80 mil millones fueron destinados a la importación de armamentos, incluidos 10 mil millones exclusivamente para programas de armas de destrucción masiva (PADOVAN, 2010, p. 46-47). Sin embargo, los Estados Unidos, a pesar de favorecer a Bagdad, también ofrecían cierto respaldo a Teherán. La lógica detrás de esta maniobra era evitar que un Irán revolucionario se volviera fuerte, así como impedir que Irak creciera excesivamente como potencia regional. Esta acción refuerza la idea de que Washington no tiene amigos, solo intereses, una dinámica que se haría aún más evidente en el futuro con el discurso anti-Saddam. En resumen, esta estrategia, conocida como política de “doble contención”, fue atractiva para los Estados Unidos, que no deseaban que ninguno de los dos Estados del Oriente Medio se convirtiera en hegemónico, ejerciendo control sobre el petróleo local. En resumen, la posición de los Estados Unidos y otras potencias occidentales fue ambigua, sintetizada en la frase de Henry Kissinger: “Lástima que no puede haber dos ganadores ni dos perdedores” (PADOVAN, 2010, p. 48).

Sobre el conflicto en sí, Saddam Hussein creía que, al lanzar un ataque sorpresa contra el territorio iraní, el régimen de los ayatolás, recién establecido después de la Revolución Islámica, colapsaría fácilmente. Su intención era una victoria rápida, con la captura de cuatro ciudades estratégicas iraníes: Jorramshahr, Abadan, Ahvaz y Dezful. Sin embargo, esta previsión resultó equivocada, ya que la guerra, lejos de ser fácil y rápida, se prolongó por años. Para fortalecer su régimen y garantizar apoyo interno, el Partido Baaz, liderado por Saddam, creó una milicia popular de carácter ideológico. Esta fuerza paralela, que ya venía siendo desarrollada antes del conflicto, jugó un papel importante en el sostén del régimen iraquí durante los primeros años de la guerra (BRITO, 2014; GALBRAITH, 2007).

Saddam estimaba que el conflicto duraría, como máximo, ocho semanas. Su confianza se basaba en la percepción de que Irán, recién salido de la Revolución Islámica y sumido en inestabilidad interna, estaría debilitado y desorganizado. El ataque iraquí fue, de hecho, una sorpresa, sorprendiendo a los iraníes desprevenidos. Sin embargo, la respuesta iraní fue rápida, con una feroz resistencia, lo que demostró que, a pesar de sus

dificultades internas, Irán no estaba dispuesto a ceder fácilmente (WOODS et al, 2009).

El plan de defensa militar iraquí resultó ser extremadamente fallido. No había una estrategia clara ni una coordinación eficaz entre los objetivos operacionales y las tácticas empleadas. Tanto Irak como Irán tenían un entendimiento limitado de la naturaleza del conflicto en el que estaban involucrados, enfocándose más en la lealtad, valentía y coraje que en la organización militar, el entrenamiento y la disciplina. El enfoque estaba más en el espíritu y la moral de los soldados que en el desarrollo de una fuerza armada organizada y eficaz. Ambos lados mostraron una visión miope, subestimando la complejidad del enfrentamiento y las dificultades involucradas. Esta falta de preparación llevó a una serie de errores de cálculo del lado iraquí, exacerbados por la interferencia directa de Saddam en las operaciones militares, lo que evidenció su comprensión limitada de los asuntos militares (WOODS et al., 2009).

Por su parte, Irán, bajo el liderazgo del ayatolá Jomeini, respondió a la invasión movilizand o a la población, especialmente con la creación del llamado “Ejército de Veinte Millones”, compuesto por jóvenes con escaso entrenamiento militar, pero motivados por cuestiones ideológicas, como los ideales revolucionarios que regían el país en esas semanas (BRITO, 2014, p. 87). En este contexto, destaca la creación del Cuerpo Badr, también conocidos como Brigada Badr, compuesto en su mayoría por chiítas iraquíes que habían huido a Irán tras ser perseguidos por el régimen de Saddam Hussein, y que con el apoyo de Irán, que les proporcionó armas, entrenamiento y apoyo, tenían como objetivo desestabilizar al gobierno iraquí (POLLACK, 2004, p. 247). El Cuerpo Badr luchó contra el régimen de Saddam junto a las fuerzas iraníes durante la Guerra Irán-Irak, y más tarde participó en la insurrección chiíta en el sur de Irak en 1991. Sin embargo, Saddam Hussein logró reprimir esas revueltas de forma brutal.

En cuanto a la Guerra Irán-Irak, a pesar de la desventaja inicial, esta tropa improvisada logró contener el avance iraquí y el conflicto, que comenzó de manera rápida y móvil, pronto se transformó en un conflicto de trincheras, llevando a ambos países a un agotamiento total de recursos (COGGIOLA, 2008, p.106). Jomeini veía la guerra como una oportunidad no solo para defender y consolidar la República Islámica, sino también para expandir la revolución chiíta a Irak y derrotar a sus enemigos políticos. Esta interpretación apasionada del conflicto reforzó el deseo de Irán de prolongar la guerra, resistiendo los intentos de Saddam, a lo largo de los

años, de poner fin al enfrentamiento (LITTLE, 2008).

Mientras tanto, al igual que la campaña iraní, la campaña militar iraquí continuaba mal planificada y ejecutada, sin un liderazgo estratégico claro y sin el apoyo de una estructura militar robusta. A pesar de ello, en respuesta a la creciente presión iraní, Irak comenzó, en 1982, una movilización masiva y creó la Guardia Republicana para fortalecer sus fuerzas. En 1984, el uso de armas químicas y biológicas se convirtió en una parte importante de la estrategia iraquí, sin mayores condenas o declaraciones de la comunidad internacional (WOODS et al., 2009).

En varias ofensivas, Irak empleó gases letales como sarín y gas mostaza, que atacan el sistema nervioso y causan terribles heridas a las víctimas. Estas armas fueron usadas tanto contra las fuerzas iraníes como contra la población kurda en el norte de Irak, que se rebeló en medio del conflicto. A partir de noviembre de 1983, el uso de estos agentes químicos se intensificó, pero la comunidad internacional, en gran parte, permaneció en silencio, sin tomar medidas efectivas para condenar o impedir tales atrocidades. Incluso con la Resolución 582 del Consejo de Seguridad de la ONU condenando el uso de armas químicas y biológicas, en términos prácticos, no ocurrió nada. Esto resalta el carácter brutal del conflicto y la complejidad de las alianzas políticas de la época, con potencias evitando intervenir directamente debido a sus propios intereses geopolíticos en la región, así como el papel ambiguo de Estados Unidos (WOODS et al., 2009).

Además de los impactos en la industria petrolera, que ya había sido severamente afectada por la Segunda Crisis del Petróleo, resultado de la combinación de la Revolución Islámica y la Guerra Irán-Irak, el conflicto trajo consecuencias directas para las exportaciones de petróleo de Irak. En los primeros días de la guerra, Irán cerró las rutas de exportación iraquíes por el Golfo Pérsico, dañando la instalación de carga offshore en Faw, un punto vital para el transporte de petróleo. Al final del conflicto, en 1987, la Guardia Revolucionaria de Irán (IRGC) logró ocupar la península de Faw, por donde Irak había exportado petróleo antes de la guerra. Ante esta pérdida estratégica, Irak recurrió a Kuwait como ruta alternativa, lo que evidencia tanto las cuestiones históricas entre los dos Estados como la vulnerabilidad de Irak debido a su limitada salida al mar, resultado del diseño de sus fronteras. Así, Irán comenzó a atacar embarcaciones de Kuwait, en un intento por bloquear el acceso iraquí al mar (BRITO, 2014; GALBRAITH, 2007; RAZOUX, 2015).

Aspectos navales del conflicto

En los últimos años del conflicto, en 1987 y 1988, la guerra se expandió a las aguas del Golfo Pérsico con la llamada “Guerra de los Petroleros”, también conocida como Operación Earnest Will. Irán, en un esfuerzo por bloquear las exportaciones de petróleo de Irak, atacó embarcaciones y puertos, incluidos los de Kuwait, que habían sido utilizados por el gobierno de Bagdad. En respuesta, Estados Unidos intervino, reabasteciendo los petroleros y ofreciendo escoltas para proteger el tráfico comercial. En el aspecto naval, esta operación involucró la escolta de buques mercantes por parte de las fuerzas navales de Estados Unidos, incluidos destructores y portaaviones, para proteger los barcos de bandera estadounidense y de sus aliados contra los ataques iraníes. También incluyó la neutralización de minas marítimas y la realización de patrullas para garantizar la seguridad de las rutas de navegación. Así, Washington buscaba proteger sus intereses económicos y energéticos, además de garantizar la libertad de navegación en la región, dado que el petróleo del Golfo era crucial para toda la economía global (RAZOUX, 2015; TUCKER, 2010).

En otras palabras, la dinámica adoptada en la operación fue clara: Estados Unidos, a través de la Marina, comenzó a escoltar embarcaciones comerciales, principalmente petroleros, protegiéndolos de ataques con misiles, minas o embarcaciones hostiles. Al garantizar la seguridad del tráfico marítimo, Estados Unidos no solo aseguró la continuidad del comercio de petróleo, sino que también reafirmó su presencia y autoridad en el Golfo Pérsico, manteniendo un control estratégico sobre las rutas marítimas esenciales. El uso de embarcaciones comerciales armadas bajo la escolta estadounidense fue una innovación táctica, permitiendo que Estados Unidos protegiera eficazmente los intereses económicos globales sin recurrir a una intervención militar directa.

Esta acción naval de Estados Unidos en el Golfo, que fue una respuesta a los ataques iraníes a los petroleros, tenía como objetivo, mediante la implementación de escoltas navales y acciones de combate, proteger los buques mercantes, garantizar la libertad de navegación en la región y asegurar la seguridad de las rutas de transporte de petróleo. De este modo, la aplicación de la Doctrina Carter, que establece que las amenazas al libre acceso petrolero regional serían respondidas por Estados Unidos, subrayó la relevancia de este recurso para Washington, además de

destacar su importancia tras un período crítico como lo fueron los Choques del Petróleo. Además, toda esta construcción y acción ayudó a confirmar la presencia militar estadounidense en el Golfo Pérsico, especialmente después de la pérdida de Irán como aliado, influyendo en la dinámica geopolítica de la zona. Además, Estados Unidos llevó a cabo ataques a objetivos iraníes, como plataformas petroleras y embarcaciones, para desalentar acciones hostiles. La operación también incluyó la recopilación de inteligencia y la realización de ejercicios conjuntos con aliados en la región (RAZOUX, 2015; HALLIDAY, 2005).

La principal preocupación era defender las fuentes petroleras, como se vio en la Doctrina Carter de 1980, que se aplicó por primera vez. Sin embargo, ya en 1986, había toda una preparación militar lista, con la construcción de bases aéreas y el desarrollo de la 5ª flota, que le permitieron a Estados Unidos tener una mayor capacidad de intervención en la región. Según Little (2008, p. 252): “durante finales de 1987 y principios de 1988, el Pentágono duplicó la presencia naval de Estados Unidos en el Golfo Pérsico de seis a trece barcos de guerra y autorizó casi 100 misiones de escolta bajo los auspicios de Earnest Will”.

La relación entre Seguridad Marítima y Geopolítica adquiere una dimensión estratégica importante en este momento al reflejar cómo las cuestiones de seguridad en el comercio marítimo energético se entrelazan con las dinámicas de poder internacional e intereses geopolíticos. Como se ha visto, la operación tuvo como principal objetivo proteger las rutas de navegación en el Golfo Pérsico, una región vital para el transporte de petróleo, uno de los recursos más estratégicos para la economía global, y garantizar que los intereses de EE. UU. y sus aliados en la región no se vieran comprometidos. Además, el Golfo Pérsico, con su acceso crucial al Estrecho de Ormuz, constituye una de las rutas de transporte de petróleo más importantes del mundo, lo que hace que su seguridad sea un interés prioritario para potencias globales como Estados Unidos (TUCKER, 2010).

En resumen, la necesidad de garantizar la continuidad del flujo de petróleo y proteger a los aliados de la región era urgente para EE. UU., comprometido con la preservación de la estabilidad en el Golfo Pérsico. Al mismo tiempo, la operación reflejaba la doctrina geopolítica estadounidense de asegurar la seguridad de las rutas del comercio marítimo y la defensa de los intereses energéticos globales, posicionándose como una medida preventiva para evitar el fortalecimiento de la influencia iraní en la región. En última instancia, la Operación Earnest Will ejemplifica la convergencia

entre la Seguridad Marítima y la Geopolítica, donde la protección de las rutas comerciales no se limita a un problema de seguridad, sino que también implica una disputa por el poder, la influencia y el control de recursos esenciales. Al mismo tiempo, reflejó el cambio en la política exterior de EE. UU., que, ante un escenario de incertidumbre y desafíos regionales, adoptó una postura más asertiva en defensa de sus intereses económicos y geopolíticos (RAZOUX, 2015; TUCKER, 2010).

Además, el núcleo duro de la Doctrina Carter, que establece que el petróleo de la región del Golfo Pérsico pasa a ser de interés vital para los Estados Unidos y será defendido frente a amenazas externas, incluso mediante el uso de la fuerza militar si es necesario, se mantiene claramente tanto en la Directriz de Seguridad Nacional n.º 26, emitida por Bush en octubre de 1989, como en la Directriz de Seguridad Nacional n.º 45, emitida como respuesta tras la invasión iraquí a Kuwait en 1990. De este modo, se concluye que hubo un retorno a la Doctrina Carter para legitimar ambas invasiones, guerras y las acciones de Estados Unidos en la región. En este análisis, Bandeira (2015, p. 222) argumenta que: el CENTCOM J-2 (United States Central Command), responsable de todas las actividades militares en la región comprendida entre Egipto, Kenia y Pakistán, preveía ya en 1989 que Irak, tras la guerra contra Irán y el declive de la Unión Soviética, constituiría probablemente la próxima amenaza para los intereses estadounidenses en Oriente Medio, especialmente debido al desarrollo de su capacidad militar. En síntesis, retomando y reforzando todo lo anteriormente mencionado sobre esta dinámica, Little (2008, p. 253) presenta que: “en enero de 1989, un equipo de transición del Departamento de Estado había sugerido que ‘las lecciones de la guerra [con Irán] podrían haber cambiado a Irak de un Estado radical que desafiaba el sistema a un Estado más responsable, status quo, que trabajaba dentro del sistema y promovía la estabilidad en la región’”. Estas ideas se tradujeron en términos políticos y de directrices, con la misma lógica del texto de Carter, nueve meses después, cuando Bush firmó la Directriz de Seguridad Nacional 26 (NSD-26), titulada “La Política de Estados Unidos para el Golfo Pérsico”, el 2 de octubre. Casi desapercibida en su momento, la NSD-26 instruyó a los responsables de formular políticas de EE. UU. a crear incentivos económicos y políticos para que Irak moderara su comportamiento y aumentara la influencia estadounidense en el país.

Otro punto es que las Resoluciones 540 (1983), 582 (1986) y 598 (1987) del CSNU abordaron la guerra entre Irán e Irak, destacando la

preocupación por la escalada del conflicto, las graves pérdidas humanas y los daños materiales causados. A lo largo de estas tres resoluciones, la ONU buscó mediar en el conflicto y exhortar a todas las partes involucradas a evitar acciones que pudieran agravar la situación. Sin embargo, ninguna de estas resoluciones fue capaz de detener efectivamente el conflicto. Aunque expresaban preocupaciones y condenas, las medidas propuestas en las Resoluciones 540 y 582 no fueron suficientes para detener la guerra. La Resolución 598, aunque trabajaba con el alto al fuego, encontró a los actores ya agotados tras años de combate y devastación. Para ese entonces, ambas partes estaban debilitadas, y el alto al fuego se volvió una opción viable debido al desgaste generalizado, más que por la presión internacional. Este conflicto destruyó las economías de ambos países, minó cualquier esperanza de expansión regional y, por último, dejó una huella duradera en el equilibrio de poder en Oriente Medio, culminando en un alto al fuego en 1988, sin ganancias territoriales significativas para ninguno de los lados. En resumen, la guerra entre Irán e Irak terminó oficialmente en agosto de 1988 con la aceptación de la Resolución 598 del Consejo de Seguridad de la ONU, que pedía un alto al fuego.

Guerra del Golfo (1990-91)

La guerra entre Irán e Irak (1980–1988) representó un hito en la reconfiguración de las dinámicas estratégicas en Oriente Medio, resultando en un estancamiento militar y político, sin logros territoriales significativos para ninguno de los bandos. Aunque tanto Teherán como Bagdad declararon la victoria, el desenlace del conflicto se tradujo, en la práctica, en un empate táctico, operativo y estratégico. Para Saddam Hussein, el impacto fue particularmente devastador: Irak, que a inicios de los años 1980 figuraba entre las naciones más prósperas de la región, emergió de la guerra profundamente endeudado, con su infraestructura comprometida y sin perspectivas económicas a corto plazo (PADOVAN, 2010).

En este contexto, Saddam empezó a presionar a los países árabes vecinos, especialmente a los Estados del Golfo, por apoyo financiero. Su principal justificación era que Irak había asumido el papel de “barrera de contención” frente a la amenaza revolucionaria del Irán chiita, y que, por lo tanto, merecía compensaciones por haber preservado la estabilidad regional. Con deudas acumuladas en torno a los 100.000 millones de

dólares, el régimen iraquí esperaba no solo el perdón de estas deudas, sino también acciones coordinadas para elevar el precio del barril de petróleo a 25 dólares —medida esencial para su recuperación económica (LEFFLER, 2023; LITTLE, 2008).

Sin embargo, esta estrategia fracasó. Los líderes de las monarquías petroleras temían que una revitalización económica de Irak derivara en una política exterior aún más enérgica, con ambiciones expansionistas que amenazaran el frágil orden geopolítico regional. Además, la narrativa iraquí de “protector del mundo árabe” ya no encontraba la misma receptividad: la Revolución Iraní, aunque aún influyente, estaba contenida dentro de sus fronteras y ya no representaba una amenaza inmediata (LITTLE, 2008).

Ante el aislamiento político y el colapso económico interno, Saddam empezó a ver en Kuwait no solo un obstáculo, sino una solución a los problemas de Irak. El Estado poseía vastas reservas de petróleo y su producción excedente presionaba los precios a la baja, agravando aún más la crisis iraquí. Además, existían alegaciones de que Kuwait explotaba ilegalmente reservas petrolíferas en la frontera con Irak —discurso que comenzó a ser instrumentalizado por el régimen como justificación para una posible acción militar (TRIPP, 2007; BRITO, 2014; PADOVAN, 2010).

La decisión de invadir Kuwait, en agosto de 1990, se basó en intereses económicos, rivalidades históricas y una lectura miope de la coyuntura internacional. Al anexionar Kuwait, Saddam pretendía consolidar a Irak como una potencia energética y regional, ampliando su peso dentro de la OPEP y fortaleciendo su posición geopolítica en el Golfo Pérsico. Se trataba, por tanto, de una maniobra que iba más allá del expansionismo territorial: era un intento deliberado de alterar el equilibrio de poder regional y reposicionar a Irak como actor central en la política árabe (BRITO, 2014).

No obstante, el cálculo de Saddam resultó equivocado. La ocupación de Kuwait fue interpretada por Washington como una amenaza directa a la seguridad de Arabia Saudita y al libre acceso occidental a las reservas de petróleo del Golfo. La posibilidad de que Irak avanzara sobre territorio saudita llevó a la movilización de una coalición internacional liderada por Estados Unidos, con el objetivo de contener la expansión iraquí y restaurar la soberanía de Kuwait (PADOVAN, 2010).

A partir de 1989, con el ascenso del General Norman Schwarzkopf al mando del CENTCOM, la percepción de Estados Unidos respecto a Irak

comenzó a transformarse. La revisión del OPLAN 1002-90, originalmente elaborado para enfrentar una posible invasión soviética a Irán, pasó a centrarse en la amenaza representada por Irak. El país, ahora una potencia militar regional en ascenso, se convirtió en una preocupación creciente para los intereses estratégicos de EE. UU., principalmente debido a su control sobre recursos vitales de petróleo. La creciente capacidad militar de Saddam Hussein, sumada a su política exterior enérgica, convirtió a Irak en un elemento desestabilizador para la seguridad regional (TUCKER, 2010).

La Directriz de Seguridad Nacional n.º 26 (NSD-26), firmada en 1989 por el presidente George H. W. Bush, marcó un cambio significativo en el enfoque de EE. UU. respecto al Golfo Pérsico. A diferencia de la Doctrina Carter, que priorizaba amenazas externas, la NSD-26 pasó a identificar a potencias regionales como Irak e Irán como los mayores riesgos para la seguridad nacional de Estados Unidos. Aunque EE. UU. todavía buscaba influir en el régimen de Saddam Hussein mediante incentivos económicos y políticos, el comportamiento cada vez más impredecible del gobierno iraquí alimentaba el temor de una posible agresión y expansión de su influencia en la región.

Cuando Saddam Hussein invadió Kuwait el 2 de agosto de 1990, la respuesta de EE. UU. fue inmediata, reflejando la continuidad de la política de defensa del Golfo establecida por la Doctrina Carter. La invasión fue vista no solo como una violación de la soberanía de un Estado, sino también como una amenaza directa a la estabilidad regional y al flujo de petróleo, de interés crítico para EE. UU. y sus aliados. La reacción ante la invasión se guió por un conjunto de principios profundamente enraizados en la política exterior estadounidense desde la Guerra Fría, reforzados por la Doctrina Carter, aplicada por primera vez en la Operación Earnest Will (PADOVAN, 2010).

A lo largo de la operación, Estados Unidos demostró no solo el poder de su capacidad militar, sino también la importancia de una política exterior multilateral, buscando involucrar a aliados y legitimar la acción en el escenario internacional, al liderar la respuesta de la Coalición Internacional bajo la égida del CSNU. Por último, la Operación Earnest Will y la Guerra del Golfo estuvieron, de hecho, imbricadas dentro de la misma lógica geopolítica delineada por la Doctrina Carter. Ambas acciones demuestran la disposición de Washington a intervenir en Oriente Medio para garantizar la seguridad de las rutas petroleras y proteger a

sus aliados en la región, reflejando la continuidad de las estrategias de contención de amenazas, tanto externas como internas, elaboradas a lo largo de décadas.

III CONSIDERACIONES FINALES

La Operación Earnest Will, llevada a cabo en los últimos años de la Guerra Irán-Irak (1987-1988), puede interpretarse como una etapa fundamental en la construcción de la preponderancia estratégica de Estados Unidos en el Golfo Pérsico y como una preparación para los desarrollos geopolíticos que culminaron en la Guerra del Golfo de 1990. Desde una perspectiva histórica y analítica, la operación se reveló como un hito en la política de seguridad estadounidense, reflejando la interdependencia entre el dominio militar, el control de las rutas energéticas y la consolidación de un orden regional favorable a los intereses de Washington.

Al asegurar la protección de las rutas marítimas y la continuidad del flujo de petróleo, Estados Unidos no solo respondió a las exigencias coyunturales impuestas por el conflicto Irán-Irak, sino que también reforzó su posición estratégica en una de las regiones más sensibles al equilibrio global de poder. A través de la articulación de capacidades navales, diplomáticas y de alianzas regionales, Washington demostró su aptitud para actuar como árbitro hegemónico en un escenario marcado por rivalidades interestatales y por la centralidad del petróleo en la economía global. Esta experiencia práctica contribuyó al fortalecimiento de doctrinas y estrategias que serían decisivas en la actuación estadounidense durante la Guerra del Golfo de 1990.

En síntesis, toda esta coyuntura expuesta evidencia la centralidad del petróleo para el desarrollo estratégico de Estados Unidos, destacando su función como una poderosa herramienta política, al tiempo que es susceptible a volatilidades e inestabilidades. La dependencia de esta materia prima impulsó de manera significativa las acciones estadounidenses en la región, reflejándose directamente en su proyección de poder e influencia. En este contexto, la seguridad energética y el control sobre los flujos de petróleo se convirtieron en elementos fundamentales de la política exterior estadounidense, con profundos impactos en la dimensión naval y marítima del Golfo Pérsico, reforzando la necesidad de presencia y control sobre las rutas marítimas esenciales para la estabilidad global.

Por lo tanto, a partir del análisis realizado, se constata que la

Operación Earnest Will constituyó no solo una respuesta táctica a los ataques iraníes durante los últimos años de la Guerra Irán-Irak, sino también un movimiento estratégico que anticipó y pavimentó el camino para la actuación estadounidense en la Guerra del Golfo de 1990. Al garantizar la seguridad de las rutas petroleras y reafirmar la Doctrina Carter, Estados Unidos consolidó su presencia militar en el Golfo Pérsico y profundizó su influencia geopolítica en la región, transformando el equilibrio de poder regional. A partir de la combinación del estudio de caso con el método histórico, y sustentado en un enfoque cualitativo, fue posible observar que la Operación Earnest Will representó una variable significativa en los desarrollos que condujeron al conflicto de 1990, evidenciando la interconexión entre ambos episodios. Así, la investigación contribuye a ampliar la comprensión sobre los mecanismos de proyección de poder de Estados Unidos, especialmente en lo que respecta a la protección de intereses energéticos y a la consolidación de la preponderancia naval en Oriente Medio, ofreciendo insumos para reflexiones más amplias en el campo de la Geopolítica, la Historia Militar y, en especial, la Historia Naval.

REFERENCIAS

AHRARI, M. E. **The Gulf and International Security the 1980s and Beyond**. Nova York: Palgrave Macmillan, 1989.

AL SARHAN, A. S. United States Foreign Policy and the Middle East. **Open Journal of Political Science**, Atlanta, v. 7, n. 4, out./ 2017, p. 454-472. ISSN 2164-0505.

ALVANDI, Roham. Nixon, Kissinger, and the Shah: the origins of Iranian primacy in the Persian Gulf. **Diplomatic History**, Oxford, v. 36, n. 2, p. 337-372, abr./ 2012. ISSN 1467-7709.

BADIE, Dina. "Doctrinal Cycles and the Dual-Crisis of 1979". **International Studies Perspectives**, Oxford, p. 212-230, 2011.

BANDEIRA, Luiz Alberto Moniz. **A Segunda Guerra Fria: geopolítica e dimensão estratégica dos Estados Unidos: das rebeliões na Eurásia à África do Norte e ao Oriente Médio**. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 2015.

BRITO, Bernardo de Azevedo. **Iraque: dos primórdios à procura de um destino**. Trindade: Editora UFSC, 2014.

CARTER, Jimmy. State of the union address 1980. **Jimmy Carter presidential library & museum**, Washington, 23 jan. 1980. Disponível em: <https://www.jimmycarterlibrary.gov/assets/documents/speeches/su80jec.phtml>. Acesso em: 28 jan. 2025.

CATHERWOOD, Christopher. **A loucura de Churchill: os interesses britânicos e a criação do Iraque moderno**. Rio de Janeiro: Editora Record, 2006.

COGGIOLA, Osvaldo. **A Revolução Iraniana**. São Paulo: Unesp, 2008.

DEMANT, Peter. **O mundo muçulmano**. São Paulo: Editora Contexto, 2015.

ESTADOS UNIDOS DA AMÉRICA. Presidente (1989–1993: George Herbert Walker Bush). **National Security Directive 26: U.S. Policy Toward the Persian Gulf**. College Station, TX: George Bush Presidential Library, 1989. Disponível em: <https://bush41library.tamu.edu/files/nsd/nsd26.pdf>. Acesso em: 28 jan. 2025.

ESTADOS UNIDOS DA AMÉRICA. Presidente (1989–1993: George Herbert Walker Bush). **National Security Directive 45: U.S. Policy in Response to the Iraqi Invasion of Kuwait**. Washington, D.C.: The White House, 1990. Disponível em: <https://bush41library.tamu.edu/files/nsd/nsd45.pdf>. Acesso em: 28 jan. 2025.

FERRO, Marc. **O choque do Islã: século XVII-XXI**. Rio de Janeiro: Biblioteca do Exército Editora, 2008.

FUSER, Igor. **Energia e Relações Internacionais**. São Paulo: Saraiva, 2013.

FUSER, Igor. O petróleo e a política dos EUA no Golfo Pérsico: a atualidade da Doutrina Carter. **Lutas Sociais**, São Paulo, n. 17/18, p. 23-37, 2007. ISSN: 2526-3706.

GALBRAITH, Peter W. **The end of Iraq: How american incompetence created a war without end**. New York: Simon and Schuster, 2007.

HALLIDAY, F. **The Middle East in international relations: power, politics and ideology**. Cambridge: Cambridge University Press, 2005.

LITTLE, Douglas. **American Orientalism: the United States and the Middle East since 1945**. Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2008.

MICHAELS, Jeffrey H. Dysfunctional doctrines? Eisenhower, Carter and U.S. military intervention in the Middle East. **Political Science Quarterly**, Oxford, v. 126, n. 3, p. 465-492, 2011. ISSN: 1538-165X.

ORGANIZAÇÃO DAS NAÇÕES UNIDAS (ONU). Security

Council. **Resolution 540 (1983)**: adopted by the Security Council at its 2505th meeting, on 31 October 1983. New York: United Nations, 1983. Disponível em: <https://digitallibrary.un.org/record/61392>. Acesso em: 11 out. 2024.

ORGANIZAÇÃO DAS NAÇÕES UNIDAS (ONU). Security Council. **Resolution 582 (1986)**: adopted by the Security Council at its 2666th meeting, on 24 February 1986. New

York: United Nations, 1986. Disponível em: <https://digitallibrary.un.org/record/116401>. Acesso em: 11 out. 2024.

ORGANIZAÇÃO DAS NAÇÕES UNIDAS (ONU). Security Council. **Resolution 598 (1987)**: adopted by the Security Council at its 2750th meeting, on 20 July 1987. New York: United Nations, 1987. Disponível em: <https://digitallibrary.un.org/record/137345>. Acesso em: 11 out. 2024.

PADOVAN, Gisela Maria Figueiredo. **Diplomacia e uso da força: os painéis do Iraque**. Brasília: Fundação Alexandre de Gusmão, 2010.

POLLACK, Kenneth M. **The Persian puzzle**: the conflict between Iran and America. Toronto: Random House Trade Paperback Edition, 2004.

RAZOUX, Pierre. **The Iran-Iraq war**. Cambridge: The Belknap Press of Harvard University Press, 2015.

SKIDMORE, David. Carter and the Failure of Foreign Policy Reform. **Political Science Quarterly**, Oxford, vol. 108, n. 4, p. 699-729, dez./1993. ISSN: 1538-165X.

TARIQ, Ali. **Bush na Babilônia**: a recolonização do Iraque. Rio de Janeiro: Record, 2003.

TUCKER, Spencer C. **The encyclopedia of Middle East wars**: The United States in the Persian Gulf, Afghanistan, and Iraq conflicts [5 volumes]. ABC-CLIO, 2010.

WOODS, Kevin M. *et al.* **Saddam's war**: An Iraqi military perspective of the Iran-Iraq war. Washington DC: Government Printing

Office, 2009.